

“Susy Iglicki: Grabados y Consecuencia” – Roberto Guevara, Diario El Nacional, Caracas – Junio 1976

Cuando hay oportunidad de confirmar aciertos, lo justo es ampliar el panorama histórico y tratar de señalar los valores más colectivos. Hace muy poco, los “Once Tipos” reunidos en la Sala Mendoza en una colectiva nos reiteraron una costumbre ya establecida en el curso de los últimos años: los valores de “relevo” son ya realidad clara y efectiva, un fenómeno en el cual las vinculaciones de estilo y de contenido ideológico son más ocasionales que la permanente disposición para el diálogo y la confrontación. El sentido generacional, una vez fracasados los salones dogmáticos, los grupos cerrados y las estereotipadas secuelas “formativas” se registra más en una condición libre y receptiva, que en preceptos comunes de cualquier índole.

Esto significa que, aún cuando los movimientos jóvenes son ahora mucho más importantes y amplios que hace una década, el riesgo no es ya una condición común para los artistas que los integran. La alternativa se registraba a nivel individual y su validez, por lo tanto, resulta un compromiso crucial.

Mientras menos dogmáticos y “programados” por la promoción exagerada y los “autobombos” consoladores, los nuevos contingentes resultan más audaces y comprometidos con su condición creadora. Cuenta para ello con el beneficio de la lucidez: ya no es posible seguir reiterando señuelos y consignas como estandartes de contiendas pasadas. El que quiera nacer, tiene que hacer un mundo. De su capacidad para forjarlo depende el sentido y el interés de su obra. Más que por su volumen o por la ya significativa continuidad de las generaciones emergentes, encuentro valioso el hecho de que se registra en ellas una capacidad definida para la investigación y la disciplina. Una manera de ver de frente, sin temores o complejos, la función del trabajo, el único medio para esclarecer dudas y hallar el lenguaje propio.

La muestra de Susy Iglicki en el Museo de Bellas Artes es confirmación de esta tendencia, ejemplarizada en un dominio particularmente necesitado de audacia y consecuencia: el grabado. Es una exposición vasta, por el número de obras, pero también lo es en el sentido del rigor: cómo una proposición básica puede ser convertida en la coherencia de un desarrollo. Lejos de ir perdiendo fuerza, la proposición básica se enriquece a medida que la artista va investigando todas sus posibilidades, ahondando en las consecuencias que supone la incorporación de cada nueva alternativa dentro de la búsqueda general, despejando los elementos menos esenciales, para dar, finalmente, paso a lo que podríamos llamar la decantación de un lenguaje.

El montaje, escueto, simple, carente por completo de artificios y esas lamentables “mise en scene” que con alguna frecuencia se utilizan para “realzar” las piezas expuestas, resulta por sí mismo una útil “introducción” progresiva a la obra de artista. Es posible seguir un trayecto cumplido en poco más de un año, elocuente en logros y calidad. Comenzando con las obras desplegadas en varios paneles montados separadamente, cortados, por así decirlo, en el espacio del muro, pero vinculados por la continuidad de las formas terminales con las del grabado siguiente, la exposición sigue un proceso. Lento, cuidadoso, bien pensado. Las formas que recurrían al espectacular recurso de saltar de un ámbito a otro, de un marco a otro, comenzaron a tramar sus relaciones de una manera más unitaria, conservando al mismo tiempo la dinámica que había buscado siempre la artista: presentar sus formas abstractas y orgánicas de manera que entre ellas y el espacio que ayudaban a crear, se formara una intensa relación. A medida que la exposición avanza, se gana una sensación de mayor síntesis. Hasta los usos cromáticos atractivos, ceden a manejos más precisos y limitados de gamas de colores radicalmente restringidos. Los aspectos desconcertantes en este juego espacial de formas y planos están, casi por paradoja, más

definidos. Esto es: están mejor planteados. La sobriedad y la capacidad de buscar alternativas, se van combinando a lo largo de la muestra, para dar esta experiencia singular. La cual deja también una enseñanza notable: ser riguroso no significa, al menos en este caso, renunciar a la riqueza inventiva.

Buena y valiosa experiencia para un medio, como el grabado, donde muchos incursionan de manera esporádica o dispersa. Señala cómo puede tratarse con acierto el requisito puramente técnico y expresivo, hasta convertirlo en instrumento más dúctil y de mayor alcance. Señala también, cómo las promesas iniciales de Susy Iglicki no fueron fortuitas. Esta sólida experiencia que ahora nos presenta aumenta la profundidad de su compromiso.